

Antonio de Undurraga

Poemas inéditos

I

VIENTO ELEGÍACO



AY un oleaje de copas sabias que se entre-
[chocan,
y un adolescente gime, desnudo, sobre la
playa dorada . . .

Mas, debéis saber que el tiempo estalla cubierto de
[algas
y que botellas verdes y maniquíes roncós erectos de
[púas
se desmayan en un grueso diálogo de palabras heladas.

He aquí por qué flotan en mi sangre grandes lobos
[argonautas
y en mi máscara cae el sabio estiércol
de las locas y grandes aves migratorias.

Sé que en la playa quedaron, para siempre,
mis dorados zapatos inmortales,
y que día a día nos acecha el yuyo salomónico,
el gran devorador de lluvias y ruinas.

En nuestros brazos se tambalean hélices, luces y raíces,
puertos desventurados y buques sedientos de primavera,
mientras la piel sollama nuestras miserables ropas.

Nos cuesta saber que no tenemos más biombo
que nuestra propia sangre,
y que los cadáveres de las mariposas
no pintan, ni encienden el bosque.

Pues no se han creado ni las columnas, ni las arañas
para recibir a las acacias del júbilo.
La agonía resbala, resbala siempre
por nuestras camisas y huesos.

Mágicas luces sin retorno nos quemaron los labios
y nuestra juventud como un rojo fuego de artificio
estalla en las tumbas y en los maléficos fémures
de reyes, prostitutas y estrafalarios mendigos.

¡Ah, vosotros, maniquíes absortos en las horas náu-
[fragas
que os devoráis trozos de polvorientos diálogos sustan-
[ciales,
arrodillaos junto a la lluvia, la eternidad y los perros,
arrodillaos junto al desnudo viento que murmura
al oído del musgo y los amarillentos pinos estupefactos...!

II

BUENOS AIRES BAJO LA INFANTERIA DE
LAS MARIPOSAS

Yo sé cuán duro ha de ser transportar en vuestras alas
[las sabias gotas de sangre
de los tercos y sedentarios monarcas incas y babilónicos,
del pintado desgarramiento de izar llamas y harapos
[sublimes
en un histérico coche de luz ciega
y yo sé cuán húmedo y oscuro ha de ser con los ba-
[cilos de Koch el diálogo,
cuando os paráis en los rojos arbolillos de los pulmo-
[nes del hombre.

Las grandes torres, todo sudorosas de lluvias y aéreas
[girasoles de polvo de sepulturas,
los grandes cables telefónicos todo hastiados de infini-
[tas conversaciones diplomáticas,
papales, gubernamentales, y afónicos de oír los suspiros
de las momias egipcias que veinte mil años ha
ya estaban planeando infructuosamente sus fugas,
sollozan, cantan largamente, a vuestro paso
¡de fértil y olímpica infantería de vagabundas diosas!

Y yo sé que entonces en la más ágil y azul de las
[explosiones del día
golpeáis con vuestros pintados párpados en los párpa-
[dos de los hombres,

y nadie os cree que la muerte es una orquídea tempe-
[tuosa,
y las lámparas murmuran en aceite y las gentes gritan
[horrorizadas
cuando pretendéis injertarles vuestros párpados multi-
[colores
y hacer transparentes, fosforescentes y brevísimas sus
[vidas.

Yo he leído que sois la parte sacra de la chispeante
[barba de Zeus,
la escama apasionada de los inmortales y salobres
[argonautas
y os abro las puertas de mi pecho y mi sangre a
[vuestras llamas,
pues la verde morera —que no es sarcófago— no te-
[me a los gusanos
y sueña con la blanca, verde, azul y roja seda
de las grandes y futuras banderas infinitas.

Mas sé también ¡oh, bellas y pintadas emisarias,
que en sus cepos los prisioneros y oxidados gallos de
[las veletas
os lanzan picotazos y reniegan de vosotras,
cuando os prometéis morir sobre sus fierros
para daros vuestro sabio plumaje fantasmagórico!

Vosotras, ¡oh aladas, no comprendéis que ellos son
[supersticiosos
y que como nuestras oceánicas cúpulas también temen
que los vayáis a contagiar con vuestra vida fugaz!

Y ya veis ¡oh, sapientísimas infantas,
cómo todas vosotras habéis debido perdonar a esos
[flacos millonarios
que en la calle Florida os daban papirotos cuando os
[posábais en sus gabanes
por temor de que las gentes os creyeran parches hi-
[pocondríacos!

Ya veis ¡oh, paracaidistas de costillas y luces tan
[armoniosas,
cuán difícil es aclimatar alas entre tantos cables, calles,
[lámparas y estatuas!

Y ya veis cómo hasta esa pareja de amantes tiernísimos
que en la calle Perú se devoraban la noche y se be-
[saban desnudos,
rechazó el biombo que izaban vuestras alas
por saberlas crecidas en fibras reputadas efímeras.

Y aunque hasta el pingüino papeloso y prehistórico
que en «El Bartolomé» dirige el suplemento literario,
tampoco quiso utilizar vuestros cadáveres de arlequines
[alados
para marcar su última lectura hecha en el siglo XVI,

¡yo, solo, tatuado de luz y tiempo, os saludo en medio
 [de los siglos,
 junto a las espumosas cinturas de todos los océanos;
 y yo, solo, os incorporo a mis sienes como un heroico
 [huracán de estrellas diurnas!

III

MENSAJE AL LECTOR DESCONOCIDO

Medito en los cuantiosos teléfonos que he puesto en
 [conexión con el vacío
 y en el arco iris invicto que hice estallar en todas las
 [alas de las moscas
 y en la pradera tempestuosa que hice ondular en el
 [pecho de los héroes,
 para sólo hoy sentirme párpado y polvo cósmico
 que vivisecciona y atrapa el tiempo que se asfixia
 en los húmedos intersticios de los barcos,
 en la sangre de mis más altos cíclopes y argonautas,
 y en el faro que acuchilla y obedece a la gran noche
 [infatigable
 tras los náufragos que yacen en un océano de butacas
 [vacías.

Porque yo sé que los vocabularios me queman los ojos,
 que soy como la armadura dramática de un caballero
 [herido por sus voces
 que dió asilo a las palabras de la central telefónica

y que a duras penas hoy da órdenes
y avisos de alerta a sus servidores y amigos,
y que aun no está a salvo del incendio de su primave-
[ra magna,
ni del día que baja a sus manos como un pájaro
súbita y transparentemente audaz.

Sé que es doloroso ser tempestad e impetuoso trigo de
[sarcófago
y mensaje grabado en el discontinuo talle de la avispa,
o ser el jónico escultor insobornable que no halla su
[ilustre guerrero difunto
o la lluvia afanosa que cincela su trunca escultura en fuga.

Porque ¿quién puede valorar la soledad y las mareas
[cósmicas que afligen
los pies y la túnica de un poeta argonauta?
¡Y cuán duro es llevar los ojos a la altura del día
y saber que sólo el Gran Cañón del Colorado
ha escuchado el texto íntegro de nuestro mensaje!

Un día supo la tierra del puro arabesco de marfil
de los colmillos del mamut;
¡un bloque de nieve ártica hoy cubre el cielo azul de
[sus días!

Y la tierra está harta de las hojas embalsamadas por
[millones de otoños.
¡Y todos fueron tan bellos: el que miró el último de
[los dinosaurios
y el que dió su encaje o tela heroica a Hölderlin o
[Federico Nietzsche!

También agonizaron bárbara y vanamente las bellas
[doncellas descuartizadas
en el ara maya y santa de Tenochtitlán.

Hoy, nuestros labios, nuestros cables, y la oscura flor
[de los teléfonos
están conectados con el vacío. Pero sólo las palabras
claman invictas junto al polvo y su armadura infati-
[gable.

He aquí nuestro circuito de laureles oscuros,
soledad clamando por su futuro junto a tantos y tantos
[millones de voltios,
espíritu que asalta las más recónditas mareas de las
[células.

Pero, ¡oh, torre tan provista de guerreros y ojos lúcidos,
oh, candelabro de tantos labios y brazos tempestuosos!
¿no veis que la ciudadela electrónica de las hormigas
cada día es más cejijunta y hermética?

¿No veis que los artífices del hombre futuro precisan
el hambre y la soledad que vocifera junto a las plan-
[tas carnívoras,
las banderas y las nuevas palabras que se izan del
[polvo abandonado por los cadáveres,
las ratas, los bombardeos y los propios días tan vacuos?